

# Alerce

N° 114, febrero de 2024. Sociedad de Escritoras y Escritores de Chile. Director: David Hevia.

## Natasha Valdés: la travesía del verso recorre oleajes de luna

Nacida en Santiago de Chile en 1950, la destacada poeta Natasha Valdés estudió Pedagogía en Castellano en la Pontificia Universidad Católica y, más tarde, obtuvo el Master en Educación en Saint John University, Nueva York. Integrante de la SECH, su obra ha sido varias veces galardonada, antologada y traducida. Ha publicado, entre otros libros, *Rescate del olvido* (1985), *Bitácora* (1999), *La historia que nunca quise contar* (2020), *Memoria del Alzheimer* (2021) y *Zoología amorosa* (2023).

### Viuda

Soy viuda de todos mis amantes  
y uno que otro odiante  
(pero eso no se nota)  
Soy todas las viudas  
de los que no han muerto  
Vivarachos creían que me hacían tonta  
cuando a mí me gusta  
hacerme la tonta  
a veces  
mientras lo paso bien  
Siempre supe  
que me engañaban  
con mi otra yo.

### Erótica

Me urges, y yo  
hecha pistilo y perianto  
carpelo atento

matriz de labios aglutinantes  
gata de goma y ojos brujos  
perra encelada  
te entrego todas mis tablas lunares  
encabrito la pleamar y la bajamar  
reviento en tus costas  
en tus puertos  
en tu imaginación.

### Cita

Espérame en ese lugar del día  
que sólo tú conoces  
donde revientan los amarilis  
sus cálices  
sus gineceos y androceos  
buscando a Dios.

### Música

Háblame  
tu voz  
se desliza por mi espalda  
Hace un giro  
hacia mis pezones  
chorrea hasta mi vientre  
cae en mi sexo  
despertando  
a la mantis religiosa  
a la pasionaria  
rara flor de pétalos  
carnívoros que devorará  
tu voz  
en do mí sol  
en tú  
sostenido.

### Nerudiano

Te llamaré Rocío  
pues caes a mi cuerpo  
en auroras húmedas  
junto a zumbidos de alas  
aromas de campo  
urgencias de sangre ardiente  
Y al anochecer  
con estrellas aún tímidas  
entre el viento enamorado  
de piernas y polleras  
serás Vaguada  
Malamado debo llamarte  
para que ninguna  
sepa tu nombre.

### Huidobriano

Sostienes al planeta con tus hombros  
renuevas el surco con tu semilla  
los astros palidecen con tu fuego  
recoges pletóricas redes  
para alimentar cuerpo y canto

Irías a ser héroe  
que dios te dio esos brazos  
para cubrirme dulce y salado  
con sudores y suspiros

Irías a ser fauno  
que dios te dio esas ancas  
para mecer mi deseo y mi gloria

Ah como hundirme en tu barba  
en tu pelaje de centauro indómito  
en el origen de tus muslos  
cuando cabalgas mis ansias

Irías a ser mártir para morir  
entre mis profundos labios.

### Onán

Hago el amor conmigo  
Me traiciono  
porque en el  
último estertor  
te nombro.

### Reflejos quebrados

Renuncio a los espejos  
Si tengo tus ojos  
Y sus oleajes  
de luna enamorada.

### Carta a Crimilda

Si hubieras esperado pocos siglos,  
Freud te lo explica.  
Ese sueño es producto de un complejo de Electra,  
de tu virginidad atardecida.  
Adivinaría símbolos fálicos  
en las garras de las águilas  
y fetichismo sexual por tu halcón.  
Pero el destino te asegura  
el amor del más valiente,  
comprarás la dicha con tu cuerpo,  
poseerás el tesoro inútil  
de los Nibelungos.  
Reinarás dos veces, dos reinos,  
Dos espejos en tu pasión helada de Walkiria.  
Desconfía de tu sangre y del dragón.  
La tuya, no tus manos,  
desviará el cauce del amado  
hasta los yermos deltas de la luna.  
La de él no tendrá fuerzas  
para expulsar las muertas hojas del tilo.  
¿No has oído hablar de Aquiles?  
Si callas serás dueña de la palabra no dicha.  
No necesitarás alianza con los hunos.  
Nunca serás partida en dos.  
Nunca preguntes a las viejas  
la iconografía de los sueños.  
Te quiere, Wagner.



# Así empieza la recién aparecida novela inicial de Nicomedes Guzmán

*Un hombre, unos ojos negros y una perra lanuda* es el título de la novela que Nicomedes Guzmán dijo haber quemado en 1937, aunque ahora fue descubierto su manuscrito íntegro y publicado por Ediciones Biblioteca Nacional de Chile. La obra, que aborda la vida de un perseguido político durante la dictadura de Ibáñez, es clave para entender el origen de *Los hombres oscuros* (1939). Por gentileza de la Fundación Nicomedes Guzmán, *Alerce* comparte aquí con sus lectores el comienzo del texto encontrado.

## Pensión "Los Obreros"

Era el invierno. Era la estación de los días envueltos en bufandas grises y de las aguas dúctiles, trazando sobre los tejados arabescos de angustia y nombres ininteligibles de mujeres olvidadas. Era el invierno, entonces; uno de los tantos que han ensombrecido el celuloide lento de mi existencia, dejándome sobre el corazón el tatuaje de los largos sollozos.

Era la estación de los días envueltos en bufandas grises... Y era un negocio de pensión, un negocio ubicado allá, por la calle Mapocho, frente al depósito de tranvías. Por aquel entonces, con mis ya doce años tristes a la espalda, me llegué a aquel negocio, enviado por mi padre, para hacerle compañía a su dueña, una vieja tía que, a la sazón, quedara viuda.

Mi tía era una señora gorda y chica, terca y regañona. Y sin duda que por muchos motivos, aunque no por la falta de bondad que la caracterizaba, se merece unas cuantas cuartillas; pero, no es el caso preocuparme hoy de ella, por cuanto mi objetivo es bien distinto.

Fue—y esto es lo que interesa— en aquel negocio, a cuyo ambiente hube de habituarme por tres largos meses, en donde conocí a Demetrio Encina. Era este un hombre flaco, alto, de raro carácter, ora retraído, ora comunicativo, que vestía humildemente y se había constituido en uno de los más fieles parroquianos: no recuerdo que alguna noche, después que reparé en él, hubiera faltado a beberse la acostumbrada taza de café, hasta que vinieron a tomarlo detenido.

El negocio de mi tía ocupaba un amplio local, cuyas piezas interiores tenían salida al patio de un conventillo. Ostentaba encima de la puerta de entrada un gran letrero, en el que se leía: Pensión "Los obreros". Este nombre se atribuía a Encina; pero nunca supe a ciencia cierta si en realidad fue él quien lo propuso. Concurrían allí casi todos los trabajadores de los alrededores, en especial personal de tranvianos.

Bajado que era el crepúsculo, comenzaban a ocuparse las mesas y se activaban las dos muchachas que servían, una de las cuales, dicho sea de paso, me inició al calor de su lecho. Mi tía, en la cocina, atosigada por el humo, manipulaba sobre las ollas y teteras. Ya hecha la noche, el local estaba turbio de volutas de cigarrillos y atestado de gritos e imprecaciones. Entre toda esa concurrencia anónima y, si se quiere, sórdida, por cierto que Encina difería.

Nunca llegaba a una hora fija. Entraba de repente, a veces cuando todavía la luz del día vagaba por la calle; y otras, ya bien maduras las sombras. Saludaba a los conocidos y buscaba un lugar, de

preferencia en algún rincón. Las más de las ocasiones abría un libro, que nunca le faltaba —y que portaba bajo el brazo mientras caminaba— y se entregaba a la lectura. Casi siempre se le enfriaba el café, embebido, como estaba, en las páginas impresas. De súbito, lo mismo que si despertara de un sueño imprevisto, cogía la taza y se tragaba el líquido a largos sorbos. Después, se quedaba allí aún un par de horas y leyendo a ratos, observando o tejiendo una conversación con el vecino, dejaba devanarse el tiempo. Esto último solía ocurrir solamente cuando su ánimo lo predisponía a la comunicación. Cuando observaba, era como si una sombra latiera en su rostro.

En un principio me llamaron la atención sus manos recias, de continuo tiznadas. Más tarde pude imponerme de que trabajaba en una fundición.

Ya entonces la lectura me atraía enormemente. Y una noche, tímidamente, me acerqué a él para pedirle me recomendara un libro. Me miró con curiosidad. Y por primera vez sentí tan cerca de mis oídos su voz potente de hombre:

—¿Te gusta leer?

Cierto orgullo me anegó.

—¡Sí, señor!... El me palmoteó el hombro.

—¡Entonces vamos a ser amigos, ¿sabes?!...

Y me sonrió con una complacencia que hasta entonces solo mi padre me había revelado. Luego:

—Te voy a traer un libro de regalo.

—¡Gracias, señor!...

—¡Deja a un lado el señor, hombre!... ¡Los señores no existen —me dijo—; llámame más bien "compañero" o Demetrio, a secas!

Y me dio su diestra. Sentí sus callos en mi palma lo mismo que los callos de mi padre. Así quedó sellada nuestra amistad.

A la noche siguiente, antes de dormirme, leí las primeras páginas de "Corazón", de Amicis, que él me regalara.

Desde entonces, todas las noches, antes de marcharse, me dedicaba algunos momentos y conversábamos como buenos y antiguos camaradas, entre la ruidosidad característica del local.

No hay duda de que Demetrio Encina fue el único amigo de mis doce años y el gran amigo de mi infancia. Para mi mente y criterio infantil de aquel tiempo, se me apareció como un hombre extraordinario; ahora, con-viniendo en que si lo volviera a encontrar, no se me presentaría de tal manera, no puedo contrariarme y me limito a respetar la imagen que de él se refleja en mis recuerdos y en mi sentimiento. Sus quizá treinta inviernos no fueron obstáculo para que mis frágiles y escasos años le comprendieran. Comulgamos como dos niños o como dos hombres, yo no sabría precisar. Solo repito que fuimos grandes camaradas. Entonces tuve la sensación de que un vacío existente en mí desde mi abordaje a la cubierta del mundo se llenaba.

Antes, yo ya había hecho mis amigos a aquellos maravillosos personajes de Salgari. Y mi imaginación se complacía y se libertaba acompañándolos en todas sus correrías. En Encina creí topa a uno de esos aventure-ros, bien es cierto que de una fisonomía e idiosincrasia bastante diferentes. La verdad es que siempre que conversé con él, no sé explicarme por qué, tuve la impresión de que me encontraba ante la realidad de algún jefe filibustero cobrado por la vida de los suburbios ciudadanos. Ahora, es claro, comprendo mi equivocación al hacer tales comparaciones. Encina era demasiado humano, lleno de una humanidad bien ajena a la que alienta en los personajes creados por Salgari. Pero comprendo que entonces era natural aquella identidad descubierta

por mí, sobre todo considerando que yo destacaba como un ser extraordinario a Encina y antes so-lamente había conocido seres con atributos de tales en las aventuras del autor mediterráneo.

Nítido en mi recuerdo está el sentido de unas palabras que Demetrio me dirigió en cierta ocasión. Fue este, manifestado, es claro, en otras palabras:

—El hombre aborda la vida destinado a cumplir, entre

otras, una gran misión: contribuir al bien de la colectividad. Esto, en el sentido moral, es la gran razón de la vida. Los hombres nos necesitamos mutuamente, y solo mediante la solidaridad y la comprensión, la humanidad se humanizará.

Era el invierno. Era la estación de los días envueltos en bufandas grises. Era la época en que el tiempo bordonea en su banyo melancólico el estribillo de los ojos humedecidos, haciendo vibrar en sus cuerdas de agua el enigma de todos los sollozos.

Sin embargo... La primavera venía escribiendo ya en los brazos retorcidos de los árboles el madrigal de las gemas y retoños, aquella noche, cuando tres agentes se introdujeron al local de la Pensión "Los obreros" "y detuvieron a Encina.

Él, sin decir nada, pero mordiéndose, se dejó llevar. Antes, me estrechó la diestra fuertemente, fraternalmente, sonriendo con un dejo de tristeza ante los ojos atónitos e interrogantes de los parroquianos.

—¡Adiós!... —exclamó.

Y se fue tranqueando entre los agentes. Yo me quedé triste, harto triste, sin comprender claramente aquello.

A la mañana siguiente vino en mi busca un hombre pequeño y fornido, cuyos largos cabellos, que le sobresalían de bajo el sombrero, llamaban enormemente la atención. Cuando me tuvo ante sí, me hizo entrega de un sobre cerrado y de un envoltorio de papeles medio ajados.

—Esto le manda Encina, amiguito. —me manifestó con voz cavernosa; y se fue.

Intrigado, corrí a mi habitación.

"Mi buen pequeño camarada: —decía la esquila que encerraba el sobre. Te mando esos papeles para que hagas el servicio de guardármelos. Podría entregárselos a alguno de los varios leales amigos que tengo; pero no es posible, por cuanto todos se encuentran en trances semejantes al mío. Acaso sea indiscreto ponerlos en tus manos. Séalo o no, tú eres el único de mis amigos que puede guardarlos sin temor a que se pierdan. Los dejo bajo tu custodia. Pueda ser que alguna vez vuelva a retirarlos de tu poder. En caso contrario, tenlos como tuyos. De esta suerte, es muy posible que, andando el tiempo, te sean útiles. Hay casi seguridad de que se me desaloje del país por motivos políticos que más tarde comprenderás y que tienen relación con lo que muchas veces te conversé acerca de la humanidad. En fin, el tiempo dirá. Por el momento, te estrecha una vez más la diestra, tu amigo

ENCINA. Santiago, agosto 17 de 1927.-"

Leí parte de aquellos papeles. Y como no satisficieran mi gusto literario infantil, opté por guardarlos, como me lo pedía mi amigo. No supe más de él. Apenas oí comentar entre los hábitos de la pensión, que se le había confinado a no sé qué ínsula. Y nada más. Sin embargo, me queda suyo ese recuerdo grato y cálido que prevalece de los amigos que fueron buenos. Desde entonces, muchas y largas zancadas han recorrido el tiempo. Entre tanto, arrastrado por mi inquietud, tracé un triángulo estupendo sobre el dorso del Pacífico: un barco mercante me trasladó a Panamá des-de Valparaíso, otro a Wellington y un tercero a Valparaíso nuevamente. ¡Y sobre el talud del recuerdo me vienen rodando muchas emociones!

Últimamente, después de tantos años, reintegrado ya a la rutina ciudadana, he tenido oportunidad de leer, tomándole sentido ahora, esos papeles de los cuales me hiciera guardador aquel lejano amigo de mi niñez. El tiempo, posando sobre ellos su mano ictericiada, los ha barnizado ya con el color inequívoco de las cosas antiguas. Pero, nada han perdido de su contenido. Y así, íntegros, me he propuesto transcribir-los, mediante la efectiva ayuda de mi "camarada", una vieja "Adler" queme regalara en Panamá Jhonn Muirhead, el dueño de la taberna "El Alcatraz".

Confieso que me he entregado a esta tarea, porque no quiero pecar de egoísta para con quienes puedan interesarse por conocer el texto de esos papeles. Además, deseo con ello rendir a Demetrio Encina, su autor —que acaso haya muerto en su destierro o quizá haya sido convertido en carnaza de peces—, una prueba de reconocimiento.

**Nicomedes Guzmán**

Santiago de Chile, agosto de 1937.

